



LA RENUNCIA DE DON RAMON CORRAL.

POCOS días antes de que marchara don Ramón Corral a Europa, en el mes de abril de 1911, se presentaron en su casa de la calle de las Artes, a las cuatro de la tarde, el señor Limantour, don Justo Sierra y don Olegario Molina. El señor Corral estaba muy atareado preparando sus maletas y baúles de viaje, ayudado eficazmente por Refugio, su criado fiel.

—Dígales usted que pasen.

—¿Aquí mismo?

—Sí, aquí mismo,—contestó el señor Corral, frunciendo un poco el ceño, y quedándose pensativo, como si pretendiera escudriñar el motivo de aquella extraordinaria visita.

El Vicepresidente de la República, al saludarlos, les dirigió unas miradas penetrantes. Quería interrogarlos inmediatamente, pero no se atrevió. Tampoco el señor Limantour, don Justo Sierra y don Olegario Molina se atrevían a exponerle el motivo de aquella visita. El señor Limantour comenzó a hablar de diversos asuntos. Sus acompañantes no pronunciaban una sola palabra. ¿Cómo iniciar la difícil misión que allí los llevaba? Todo era congoja, pena, contrariedad. Pero el señor Corral tuvo que salir en auxilio de sus visitantes, y dirigiéndose a ellos les dijo:

—Háblenme con franqueza. ¿Para qué tantos rodeos? Vienen ustedes a pedir mi renuncia como Vicepresidente de la República. No tengo ningún inconveniente en renunciar; yo he sido una víctima consciente de los acontecimientos, y, por lo mismo, cargo con todas las responsabilidades; pero díganle ustedes al general Díaz, que la revolución no es contra mí, sino contra de todo su Gobierno, porque ya el país está cansado de este sistema. Y con mi renuncia o sin mi renuncia, esto ya se acabó. Ya no hay nada qué hacer.

SENDERS

—En efecto, esa es nuestra misión— contestó el señor Limantour bastante apenado.—La lealtad de usted, sus antecedentes, no pueden desmentirse jamás. Su patriotismo...

—Déjese de frases, amigo don Pepe, yo presentaré mi renuncia.

Dos días después, el señor Corral salió para Europa. Desde París mandó su renuncia con don José Signoret, para que se presentara a la Cámara de Diputados junto con la del general Díaz. Solamente en ese caso. Era condicional, y cuando se cumpliera esa condición, la renuncia del Vicepresidente debería de ser presentada.

Pero un mes antes de que el señor Limantour, don Justo Sierra y don Olegario Molina se presentaran a la casa de don Ramón Corral a pedirle su renuncia a la Vicepresidencia de la República, ya el general Díaz se la había pedido. Fué en un Consejo de Ministros. El viejo dictador manifestó a varios de sus colaboradores la necesidad que tenía de pedirles su dimisión para calmar la inquietud pública, y de privarse de sus servicios ostensiblemente, porque con razón o sin ella, al grupo científico se le acusaba de ser el causante de la situación del país.

—Y en cuanto a mi buen amigo y digno colaborador—expresó dirigiéndose a don Ramón Corral—también le suplico se sirva presentarme su renuncia como Vicepresidente de la República.

—Hace tres días—dijo el señor Corral—que traigo en el bolsillo mi renuncia como Ministro de Gobernación, porque adivinaba que con ese motivo se citó a este Consejo de Ministros. Pero siento no poder complacer a usted en lo relativo a la renuncia de la Vicepresidencia, porque recordará usted que yo no quería aceptar este alto cargo, pues no tenía los antecedentes ni el prestigio necesarios para desempeñarlo; y entonces usted me dijo que de todos modos yo sería designado, porque Porfirio Díaz no retrocedía nunca. Y ahora ha llegado el momento de decirlo: estoy dispuesto a correr su misma suerte, señor Presidente.

Así redactó su renuncia: “Para que se presente al mismo tiempo que la del Presidente Díaz.” Quería caer con su jefe y amigo. Y la mandó desde Europa, para evitar insinuaciones y súplicas de que le suprimiera a su renuncia la condición de que se presentara al mismo tiempo que la del general Díaz. En efecto, así

SENDEROS

fué, tanto que el 23 de mayo de 1911, se iba a dar cuenta en la Cámara de Diputados con la renuncia de don Ramón Corral; pero varios diputados se opusieron, porque no se había presentado aún la del general Díaz. Con ese motivo se registraron varios tumultos en esta capital. Los tumultos principiaron en la Cámara de Diputados. El Presidente de la Cámara, don Carlos Saavedra, se vió obligado a ofrecer que al día siguiente se presentaría también la renuncia del Presidente Díaz.

En aquel Consejo de Ministros se nombró "el Ministerio del do de pecho." Sólo la Secretaría de Gobernación quedó unos cuantos días vacante. El candidato del señor Limantour para ocupar ese cargo fué don Teodoro Dehesa; pero el general Díaz desde el principio se opuso a esa designación. Cuando se le dijo a don Ramón Corral que el candidato más viable para ocupar el Ministerio de Gobernación era el señor Dehesa, manifestó con vehemencia y con calor su profunda contrariedad. El señor Limantour le manifestó que era indispensable traer al Gabinete políticos de todos los matices, para apagar la llama de los odios y los rencores.

—No sea usted niño,—contestó el señor Corral,—es un grandísimo error el que usted cometería en permanecer al lado de un enemigo irreconciliable de nuestro grupo.

Entretanto, el señor Corral estaba listo para marchar a Europa. El día de su partida, el 12 de abril de 1911, se presentó el señor Limantour en la estación del Mexicano a despedir a su amigo y correligionario.

—Le traigo una buena noticia,—le dijo al señor Corral.—Al fin no fué designado Ministro de Gobernación don Teodoro Dehesa. El licenciado Jorge Vera Estañol va a desempeñar ese Ministerio y el de Instrucción Pública, a la vez.

—Es buena noticia para usted, no para mí—contestó el señor Corral.—¿Cómo iba a permanecer usted en el mismo Gabinete donde estaba un enemigo irreconciliable de usted, que repetidas veces se ha mostrado opositor del grupo del cual es usted jefe y figura muy principal?

El señor Limantour nada respondió. Pero de esa manera demostraba el señor Corral que velaba por el prestigio de sus amigos y correligionarios. El Ministro de

S E N D E R O S

Hacienda del régimen porfiriano abandonó la estación pensativo, más pálido que de costumbre. Se retiraba meditando en la frase llena de franqueza y de sinceridad de su amigo, que abandonaba la patria para no volver a ella jamás.

Nadie ha dudado nunca de la lealtad del señor Corral. Ni sus más encarnizados enemigos se han atrevido a hacerle semejante cargo. El general Díaz lo consideraba como un colaborador fiel, como un amigo leal. Pero siguió con él la política de siempre, la cual le había dado resultados magníficos: la política del "balanceo." Frente al Vicepresidente de la República colocó a los más encarnizados enemigos del político sonoreense. En la Inspección General de Policía, en los gobiernos de los Estados, en la Cámara, en el Senado, en la Suprema Corte de Justicia de la Nación, en la Jefatura de Zonas Militares, allí acechaban los enemigos más tenaces del señor Corral, que, por disciplina o por lealtad, no le planteó nunca al general Díaz la situación política: "Con nosotros o contra nosotros." Pero eso era lo que se imponía. Cuando se lanzó la candidatura de don Teodoro Dehesa para la Vicepresidencia de la República, era el

momento oportuno para plantear la cuestión. Nadie se atrevió; es cierto que había varios miembros del Partido Científico, que pretendían un rompimiento con el general Díaz; pero muchos de ellos se opusieron abiertamente. Opinaron que era mejor seguir una política "de vigilante espera," para obrar después como mejor les conviniera.

Lo natural era que el general Díaz le diera prestigio y fuerza a quien iba a sucederle en la Presidencia de la República. Pero hacía todo lo contrario. Cada vez que hablaba con un reyista, lo primero que hacía era decirle que la candidatura del señor Corral le había sido impuesta por un grupo de amigos, con el cual no podía romper. Por eso los más culpables en aquel desastre fueron los científicos negociantes, los que traficaban con la cosa pública, los que se habían enriquecido en el Gobierno, y que no podían ver los intereses generales, sino los intereses propios. El grupo de los científicos que creyó necesario el distanciamiento con el general Díaz, estaba en lo justo. Pero los científicos negociantes se opusieron a una ruptura que hubiera sido su salvación. Pudieron más "los intereses creados."